

La Luna y la Vegetación

Ignacio Puig, S. I.

Director de la revista científica "IBERICA".

La creencia del influjo de la Luna sobre los vegetales puede decirse que es tan antigua como el mundo, y aun en la actualidad se halla profundamente arraigado en todos los países, según pudo comprobarlo el abate Moreux en una encuesta realizada a este propósito.

En general, los botánicos, astrónomos y meteorólogos niegan todo fundamento a esta creencia, que califican de prejuicios. ¿Dónde está la verdad? Difícil se hace el decidirlo, y el único medio para llegar a ella sería ampliar el campo de la experimentación multiplicando las observaciones en todas las partes del globo: tal vez así se podría poner en claro que la influencia de la Luna, alterada en las latitudes medias por otras acciones, sería más acentuada en las regiones ecuatoriales, como lo creen muchas personas que se han tomado la molestia de realizar en la zona tórrida siquiera algunas observaciones elementales.

El abate Moreux, perfecto conocedor de la tendencia de los astrónomos, meteorólogos y botánicos, confiesa de sí que no dista mucho de creer en semejante acción de la Luna, por entender que la influencia de nuestro satélite sobre los vegetales es tan compleja como la influencia que ejerce sobre el tiempo; pues, por muchos documentos que tiene a la vista, no puede dudar de la acción real y efectiva de la Luna sobre el crecimiento de la célula.

Tratándose de una materia tan compleja y tan discutida, el método más imparcial creo será aducir testimonios de ambas tendencias, para que el lector juzgue directamente y apoye o deseche su antecedente opinión al respecto.

El secretario del sindicato agrícola de Lagnes (Francia), Enrique Aymie, confiesa paladinamente su incredulidad en el influjo de la Luna sobre la fisiología vegetal, no precisamente por no atinar a explicarse cómo tendría lugar este influjo, sino sobre todo porque, durante 25 años de práctica agrícola, no pudo descubrir ningún hecho favorable a esta creencia, y sí, por el contrario, mucho en contra.

Una de las creencias más extendidas entre los agricultores franceses es que los árboles podados en Luna vieja crecen con menos vigor que los podados en Luna nueva, siendo considerado como el día más nefasto el último miércoles de la Luna, hasta el punto de que todo árbol podado en dicho día ya no prospera más, por lo cual, suele recomendarse este día para hacer desaparecer definitivamente todos los árboles que estorban.

Pues bien, he aquí lo que, según refiere el propio Aymie, sucedió a un agricultor. En cierta ocasión comenzó a podar seis moreras, sin pensar ni en el día de la semana ni en la Luna; pero, cuando ya había podado tres, cayó en la cuenta de que era el último miércoles de la Luna. Al instante interrumpió el trabajo, en la persuasión de que había matado a las tres moreras. En la próxima Luna nueva podó las tres moreras restantes; y, no sin sorpresa, aquel mismo año y los siguientes no pudo apreciar la más pequeña diferencia entre las moreras que, según la creencia popular, debían morir y las que, conforme a la misma creencia, debían haberse desarrollado con inusitado vigor y lozanía.

He aquí otro caso que aconteció al mismo Aymie. Se hallaba este agricultor en cierta ocasión ocupado en la siembra de patatas, cuando un vecino le increpó diciendo: "¿Quiere usted cosechar granos de rosario?" "¿Por qué dice usted eso? —replicó Aymie—. "La Luna —contestó el vecino— no le va a ayudar en este trabajo; cosechará, sí, muchas patatas, pero sumamente pequeñas". "Era de ver —hace notar Aymie— la persuasión con que hablaba aquel agricultor. La cosecha —añade— nada tuvo de extraordinario en el número de patatas, pero sí en el tamaño". Y termina esta anécdota en tono socarrón diciendo: "Si yo llego a sembrar las patatas cuando la Luna tenía toda su fuerza, seguramente las hubiera cosechado del tamaño de melones".

En otra ocasión el propio Aymie se hallaba ocupado en injertar albaricoques, cuando le atajó un injertador de profesión diciendo: "¡Cómo! ¿Injertas? y ¿no tienes en cuenta la Luna?" "Te he de confesar que no la he consultado" —respondió Aymie—. El profesional, con una sonrisita piadosa, le dijo entonces: "El injerto prenderá, pero jamás llevará frutos, por haberse hecho en Luna nueva". Nuestro despreciador de las influencias lunares refiere que el injerto prendió bien y que ya aquel mismo año dio el árbol seis frutos y, en el decurso de los 20 años siguientes, el melocotonero se mostró siempre un árbol fructífero, pese a los augurios del injertador de profesión que lo condenaba a la esterilidad.

Tampoco cree Aymie que la carcoma de la madera tenga nada que ver con la fase de la Luna en el momento de la tala de los árboles: pues, en repetidas experiencias, comprobó que la madera cortada en cuarto menguante sufrió los efectos de la carcoma, lo mismo que la cortada en otras fases.

En cuanto a la creencia de que la madera sobrenade o se vaya al fondo, según haya sido vieja o nueva la Luna al tiempo de cortarla, asegura Aymie que jamás lo ha experimentado y que gustaría infinito de verlo confirmado, ya que tiene razones poderosas para ponerlo en duda. Lo mismo dice acerca de las prácticas de los jardineros de tener en cuenta las fases de la Luna para las siembras; y acaba su informe deseando que, para bien de la agricultura, se deje de consultar la Luna.

El ingeniero agrónomo español J. Benito Martínez, termina un estudio sobre la Luna y la corta de árboles con las siguientes conclusiones: 1ª El arbolado, en general, destinado a la producción de madera, debe ser apeado en invierno; 2ª La madera de los árboles apeados en invierno debe sacarse del monte antes del verano. Como se ve, para el apeo de la madera no es necesario para nada tener en cuenta las fases de la Luna.

Y paso ya a referir casos concretos en apoyo de las creencias populares. El horticultor Cordier, dedicado al cultivo de las setas llamadas champiñones, asegura que la cosecha es siempre especialmente abundante durante los días 8 a 15 de cada lunación, y como esos hongos necesitan de 4 a 5 días para desarrollarse, de aquí que, según sus cálculos, el crecimiento máximo de las setas tenga lugar durante la primera mitad de la lunación. El mismo horticultor observó que los melones se forman mejor en Luna vieja que no en Luna nueva, y para suplir la acción especial de la Luna vieja, que naturalmente falta en la Luna nueva, preconiza durante este tiempo activar la savia, bien por el riego, bien por el calor.

Un hacendado francés, Jacques, residente en Nueva Caledonia, no creía en la influencia de la Luna sobre la conservación de la madera, según la época de la poda, y así, en la explotación de los bosques de su propiedad, no la tenía en cuenta al principio. Los indígenas le hicieron notar que la madera cortada en Luna nueva era rápidamente carcomida por los gusanos y que, al poco tiempo, se hacía inservible; no así la madera cortada en Luna vieja, que resistía muchos años en perfecto estado de conservación. En adelante prestó atención a este fenómeno y halló, según dice él, ser verdad.

Gallé-Defond recomienda encarecidamente no plantar jamás un árbol frutal durante la primera quincena de la Luna, si se desea que fructifique bien. Algunos observadores aseguran que la actividad de la vegetación criptogámica en las aguas estancadas alcanza su máximo de intensidad en los plenilunios, y esto explicaría la práctica observada en muchos horticultores de sembrar ciertas plantas durante el cuarto creciente o decreciente, según los efectos que se desan obtener.

El abate Moreux, que se inclina a creer en la acción de la Luna sobre la vegetación, hablando de los detractores de esta influencia escribe: "Los tales, en lugar de negar los hechos, harían mejor en estudiarlos más de cerca; las explicaciones vendrán más tarde".

No obstante, el mismo astrónomo propone una explicación científica de la influencia lunar, en los siguientes términos: "Se trata —dice— de hechos indudables y, cualquiera que sea la teoría propuesta para explicarlos, es un hecho reconocido por los botánicos que las plantas crecen a expensas del anhídrido carbónico existente en la atmósfera. Ahora bien, este fenómeno se realiza por la influencia de la luz; sin luz no hay asimilación clorofílica y, en consecuencia, tampoco crecimiento vegetal. Esto explicaría por qué las semillas se desarrollan más rápidamente si han sido sembradas en Luna nueva, que no en Luna vieja. En el primer caso, al salir a flor de tierra, se encontrarán con la luz nocturna de la Luna, que activará la fijación del carbono; en el segundo caso, saldrán al tiempo de Luna nueva y se verán privadas de luz durante la noche".

Séame permitido poner como colofón algo de mi propia cosecha. No puede dudarse de que existe realmente alguna influencia de la Luna sobre la vegetación, como tampoco que muchas de las creencias de los antiguos y aun de los actuales campesinos con respecto a este género de influencias están desprovistas totalmente de fundamento. La manera más segura de zanjar la cuestión y deslindar los campos sería organizar con método rigurosamente científico largas series de observaciones; cosa que hasta ahora no he visto practicada ni por los admiradores ni por detractores de la influencia de la Luna: como se ha hecho, por ejemplo, con respecto a su influencia meteorológica. En meteorología se han llegado a precisar, casi sin género alguno de duda, influencias reales, aunque diferentes de las señaladas por el vulgo, pues no se hallan vinculadas a las fases; algo parecido sucederá sin duda en el reino orgánico el día que se emprendan observaciones sistemáticas para precisar la influencia de la Luna en la vegetación.

